

mamita

M. R.

N.º 6

La Zunquita

20
Ctvs



HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO
SOLIDAD - INDEPENDENCIA - PROGRESO

mamita

M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D SANTIAGO

AÑO I—N.º 6.—Santiago de Chile, 24 de julio de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar. — Subscripción anual \$ 9.—

RESULTADO DEL CONCURSO DE DIBUJOS DEL NUMERO 3 DE

mamita

M. R.

Como lo habíamos anunciado, hemos tenido que aumentar el número de premios para poder recompensar tantos hermosos dibujos que nos llegan. De veinte que eran las menciones honrosas, las hemos subido a treinta. Los premiados esta vez, son:

Primer premio: Zenobio Meza, Obispo Orrego 402, Ñuñoa.

Segundo premio: Eliana Crobaré C., Colón 3023, Valparaíso.

Tercer premio: Claudio Molina F., Pío IX 281, Santiago.

Desde el próximo número se les enviará su suscripción trimestral, por Correo.

Menciones honrosas:

Elena Mora, Ancud, Hotel Plaza.
Raimundo Larrain, Delicias 1550, Santiago.

Mario Riquelme, Angol, Calle Carreras 12.

Marlo Contrucci, Vergara 47, Santiago.

Aída Valderrama, Carmen 881, Curicó.

Inés San Martín, Andes 3225, Santiago.

Pepito Olaeta, Chillán Viejo 1037, Valparaíso.

Raúl Simón, Miraflores 590, Santiago.

Irma Miranda V., Chonchi, Chiloé.

Ernestina Belmar, Eyzaguirre 886, Santiago.

Silvia Oliva, Puerto Montt, Urméneta 90.

Arturo Matte A., Central 16, Santiago.

Oscar Miranda, La Serena, Av. Aguirre 272.

Virgilio Cozzi, Teniente Cruz 1995, Santiago.

Mario Oviedo, Quirihue.

Dalila González, Rulo, Calbuco.

Humberto Hodge, Taltal, Of. Santa Luisa.

Oscar Burgos, Cam. 209, Pieza 108, Sewell, Rancagua.

Rosa Ponce Carvajal, Escuela 101, Olmué.

Custodio Herrera, Potrerillos, Block 1, Casa 4.

Aladino Azzari, San Bernardo, Calle Colón 550.

María Valencia, Tocopilla, Casilla 2.

Néstor O. Muñoz, Linares a Yerbabuenas.

Alfredo Taibo, Colón 3011.

Lucerina Bravo, Los Lagos.

Luis L. Rodríguez, Valdivia, Inst. Comercial.

Hilario Sáez, Santa Juana.

Olga Ortiz, Cerrillos de Tamaya, Ovalle.

Pedro N. Donoso, Santa Rosa 1071, Santiago.

Fernando Klenner, Puerto Varas, Colegual.



La Zunquita



(Cuento chileno)



PARA saber y contar y oír para aprender; esterón para saltar el cequiñ; esterita para pasar la acequiecita, por una tablita. Este era un hacendado viudo que tenía una hija que se llamaba María, tan linda, tan hacendosa y tan buena que no había persona en los contornos que no la quisiera. Un día, se apareció en las casas una perrita sarnosa. Iba muy enferma, pero Mariquita la cuidó, la lavaba todos los días, hizo que le hicieran una cama, hasta que la perrita, que era blanca como una oveja, se mejoró. Y desde entonces, a donde iba la niña iba con su perrita.

Principiaban las cosechas y había mu-

cho que hacer en la hacienda y también en las casas. El caballero pensó que le hacía falta una señora para que le ayudase y cuidara de él y de su hija, y como hacía diez años que era viudo, determinó casarse.

Cuando se lo dijo a Mariquita, ella se puso a llorar. No podía conformarse con tener una madrastra y sobre todo cuando supo que su papá había elegido por mujer a la dueña del fundo vecino, Doña Lucinda, que era muy hermosa, pero muy mala con los niños. Le pidió a su papá que le trasladara su dormitorio al tercer patio y cuando se celebraron las bodas y hubo fiestas y convidados, ella no salió de la sombra de los naranjos de su patio a donde la acompañaba su perrita.

Todos los días muy de madrugada tenía que salir el caballero a recorrer la ha-

cienda y las más de las veces no llegaba sino hasta caer el sol. En la puerta de la casa lo esperaba Lucinda para contarle que Mariquita se portaba muy mal, que la hacía sufrir mucho y que le faltaba el respeto.

—¿Cómo decías que era tan buena tu hija? ¡Y mira cómo se porta!—le decía.

Entretanto, la niña no salía de su patio. Plantaba madreselvas y cardenales en los corredores, y en la tarde, con su perrita al lado, se lo llevaba bordando, cuando no cosía ropa para los inquilinos. Pero Lucinda, que no quería que el patio de Mariquita estuviese mejor que el de ella, hacía que el hortelano le arrancara las flores que ella plantaba, porque decía que todo ese patio lo necesitaban ahora para las hortalizas.

Al año de casada, Lucinda tuvo un

niño. Nació tan débil que un día, mientras el caballero había salido a ver sus chacras, se murió. Lucinda, al ver esto, se desgrenó bien, se puso a llorar a gritos y cuando llegó su marido, le dijo:

—¡Esto es lo que hace tu hija, tan buena que la crees tú y me ha ahogado el niño mientras yo lo dejé un momentito solo! ¡Me lo ha ahogado y está muerto!

El caballero fué a ver el niño. En realidad, parecía que lo hubiesen ahogado. Calló la boca y no dijo una palabra.

En la noche fué a ver a Mariquita. Ella muy contenta lo recibió. Le preguntó por la guagua y conversaron mucho rato. Cuando ya se iba a ir, le dijo que al otro día temprano tenía que salir con ella, que lo esperara vestida. Ella le dijo que con mucho gusto.

Cuando amaneció, ya el padre la esta-

ba esperando con un caballo ensillado; tenía en la montura dos cordeles muy gruesos, pero ella, inocente, no pensó nada.

—¿Está lista?
—le preguntó.

—Sí, padre—le contestó ella—, pero yo llevo a mi perrita.

—Bueno— dijo él.

Hizo que le hicieran una cama...



Montó a caballo, puso a la niña en ancas y partieron. Habían andado mucho, pero ella no le preguntaba a dónde iban, hasta que hubieron marchado unas cien leguas. Cuando divisó un árbol que estaba medio tendido en el suelo, desmontó él y después la bajó.

—Sáquese el manto, y rebócese—le mandó el padre.

Ella, como era tan sumisa y tan buena, obedeció al instante. Entonces él sacó los cordeles, la acercó al árbol, la amarró bien y después le cortó los dos brazos.

Fué tanto el dolor, que ella ni siquiera pudo preguntarle por qué la castigaba tan cruelmente. Lloraba que partía el alma oírla, y el padre, para no escuchar sus lamentaciones, se marchó tan ligero que al ir a montar pisó sobre una espina de algarrobo que le atravesó el pie.

—Papá—le alcanzó a decir Mariquita—cuando yo tenga brazos se la sacaré!

La perrita cazaba zorzales, diucas, tencas, los desplumaba y se los daba a la niña. Otras veces le traía ramas de maqui y hasta piñones. Era todo lo que comían. Ya estaba teniendo mucho frío, porque los vestidos se le habían hecho pedazos con el viento. Un día, la perrita iba caminando por unos cerros cuando dió con un palacio. Estaban almorzando; esperó que sacudieran el mantel, y todas las migajas que cayeron y los pedacitos de dulces los recogió y se los llevó a su ama.

Hacía más de un mes que la perrita estaba yendo al palacio, cuando el Príncipe la vió cómo recogía las migas y le pidió a su mayordomo que se fijara para dónde iba; pero luego que salió, la perrita se metió por entre unas hierbas y no

pudieron seguirla. Al día siguiente, el Príncipe ordenó que le asaran un pedazo de lomo y se lo tiraran. Muy contenta, la perrita salió corriendo del palacio, pero andaba un poquito y descansaba, porque como era tan pesada su presa, no podía correr. El Príncipe, acompañado de uno de sus pajes, la siguió a caballo. Anduvieron mucho, hasta que vieron que la perrita se acercaba a un árbol y como que saltaba a su alrededor.

—¿Ves aquello que está amarrado al árbol?—preguntó.

—Sí—le contestó el paje—parece cristiano.

—Acerquémonos, para saber si es hombre o animal, y por qué sufre ese suplicio.

Al llegar al árbol, y ver esa niña tan bonita, el Príncipe no salía de su asom-

bro. Le preguntó cómo se hallaba ahí y ella le contó que su padre le había cortado los brazos, sin que ella supiera por qué.

El Príncipe se sacó la capa y la abrigó con ella. Mariquita era hermosísima: su mirada tenía la suavidad de la luna y su voz parecía la del agua cuando va cantando en los esteros. El Príncipe se enamoró de ella al instante y se la llevó a palacio junto con la perrita. Allí hizo venir modistas y sombrereras y cuando estuvo vestida y arreglada como una infanta real fué a presentársela a su señora madre.

La Reina Madre tenía consigo una sobrina que se llamaba Amalia. La había criado como para que alguna vez fuera princesa.

Las dos se avenían mucho, porque eran igualmente orgullosas y les parecía que nadie en el mundo era digno de acer-



Montó a caballo, puso a la niña en ancas y...

carse a ellas. Y no porque Amalia fuera bonita, por el contrario: tenía una nariz de pico de loro; los ojos sin pestañas y la boca de bagre. ¡Cómo sería la envidia que sintió al ver a Mariquita! Inmediatamente le dijo a la Reina Madre que por algo malo sería que Dios había permitido que fuera zunca!

Entretanto, el Príncipe estaba cada día más prendado de Mariquita y un día le pidió que se casara con él.

—¡Su Majestad! ¿Cómo va a ser eso?— respondió la niña—; soy fea, pobre y sin brazos. Yo no merezco tanto.

—¡Qué importa que no tengas brazos—le repuso—si tienes ojitos de luna y voz de diuquita madrugadora!

Tanto le exigió el Príncipe que tuvo que decirle que bueno. Se casaron y hubo gran fiesta en todos los cerros y los mon-

tes donde estaba el palacio. Y hasta la Reina Madre parecía que estaba contenta. Amalia dijo que estaba enferma y no asistió a las bodas.

Sucedió que después de unos meses, el Príncipe tuvo que ir a la guerra. Le encomendó mucho a la Zunquita a su madre, dió orden a sus criados que la sirvieran de un todo y a ella la dejó de reina del palacio.

Pero la Reina Madre en cuanto se fué su hijo tomó las riendas del poder, y a la Zunquita la trataba como si en la vida fuera la mujer de su hijo.

Amalia, en cuanto llegaban mensajes del Príncipe, los cambiaba y a él no le mandaba tampoco las cartas que le escribía Mariquita.

A poco, tuvo un niño tan hermoso que parecía que llevaba el sol en la frente.

Pero Amalia le mandó decir al Príncipe que Mariquita en vez de darle un hijo le había traído al mundo un monstruo, que parecía sapo.

Contestó el Príncipe que de todas maneras le cuidaran a la Zunquita y a su hijo, pero Amalia cambió de nuevo la carta y en vez de esto puso que le mandaba a su madre que ordenara que echasen del palacio a su mujer y a su hijo y los mandasen matar, y que si los encontraba vivos cuando llegara, a todos les cortaba la cabeza.

Inmediatamente la Reina Madre ordenó prender a Mariquita y con unos criados la mandó al bosque para que le dieran muerte. Pero como ella había sido tan buena con todos, los criados no se atrevieron a cumplir la orden.

—¡Amárrenme bien a mi hijito!—les



Adrian

Adrian

Adrian



El Príncipe, acompañado uno de sus pajes, la siguió...

dijo ella, antes de que la dejaran abandonada.

—Que Dios la guíe por buen camino— le contestaron.

Mariquita principió a andar. Había andado como un año y no encontraba a dónde llegar. Estaba rendida de hambre y de sed y no divisaba ningún pocito en donde poder tomar agua. Anduvo otro día más cuando divisó una laguna. Se tendió a tomar agua; cuando ella que se inclina y el niño que se le cae. Dió un grito y se dejó caer para pescarlo con los dientes; tanta fué su desesperación de no poder cogerlo, que se le alargaron los hombros y lo alcanzó a pescar con los brazos, que le habían vuelto a salir.

Cuando se vió con su hijo en los brazos, llegó hasta la orilla y allí mismo se

hincó para dar gracias a Dios por ese milagro.

Siguió andando María hasta que divisó un ranchito y se fué ligero antes que cayera la noche. Llegó y golpeó. Salió una viejecita y le preguntó qué deseaba.

—Ando buscando donde poder dormir con mi hijito.

La anciana, al verla tan linda y con ese aspecto de niña tan buena, le dió hospitalidad.

—Quédese conmigo—le dijo—; yo soy solita aquí. Le arreglaré una cama para usted y una cuna para su guagua. Eso sí que yo no como sino pajaritos del campo y hierbecitas.

María le repuso que no importaba; que hacía años que ella andaba por los campos.

Entretanto, había llegado el Príncipe

a su palacio, preguntando por su niño y Mariquita.

—¿No mandaste que la mataran?—le preguntó su madre—. Aquí está la carta en que me lo ordenabas.

No podía creer el Príncipe a sus ojos.

—Esta no es mi letra—dijo—. Yo nunca he mandado que la maten.

Y llamó a todos sus criados hasta saber dónde habían ido a dejar a su esposa.

Y a la mañana siguiente salió con sus criados para el bosque donde la dejaron abandonada.

—¡Aunque sean los huesitos quiero encontrar!—decía desconsolado.

Después de mucho andar, dieron con el mismo rancho y golpearon. Mariquita les había visto cuando venían y se escondió, pero el niño se quedó embelesado mirando la comitiva. Cuando el Príncipe lo

vió, sintió que el corazón le latía muy ligero y se decía:

—¡Así tal vez sería mi niño, si viviese!

Lo tomó en brazos. Todos los que lo acompañaban lo encontraron tan parecido que miraban al niño y miraban al Príncipe. Entonces preguntó éste a la viejecita si había visto a una niña muy bonita y muy buena, que miraba como la

Siguió andando
María hasta que
divisó un ran-
chito...



luna y hablaba con voz de diuquita madrugadora, y que el único defecto que tenía era que le faltaban los brazos.

La anciana le repuso que sí, que tenía una niña en su casa, así como decía Su Alteza, pero que tenía brazos.

—Muéstremela, abuela.

Salió Mariquita y el Príncipe se quedó mirándola y dijo:

—Si no tuviera brazos, era igualita.

La anciana lo miraba y se reía.

—¡Su Sacra Real Majestad! ¡Esta es su María y éste es su hijito! Esa prima que su madre tenía en el palacio, ésa es la culpable de todo.

Y le contó cómo le cambiaba las cartas.

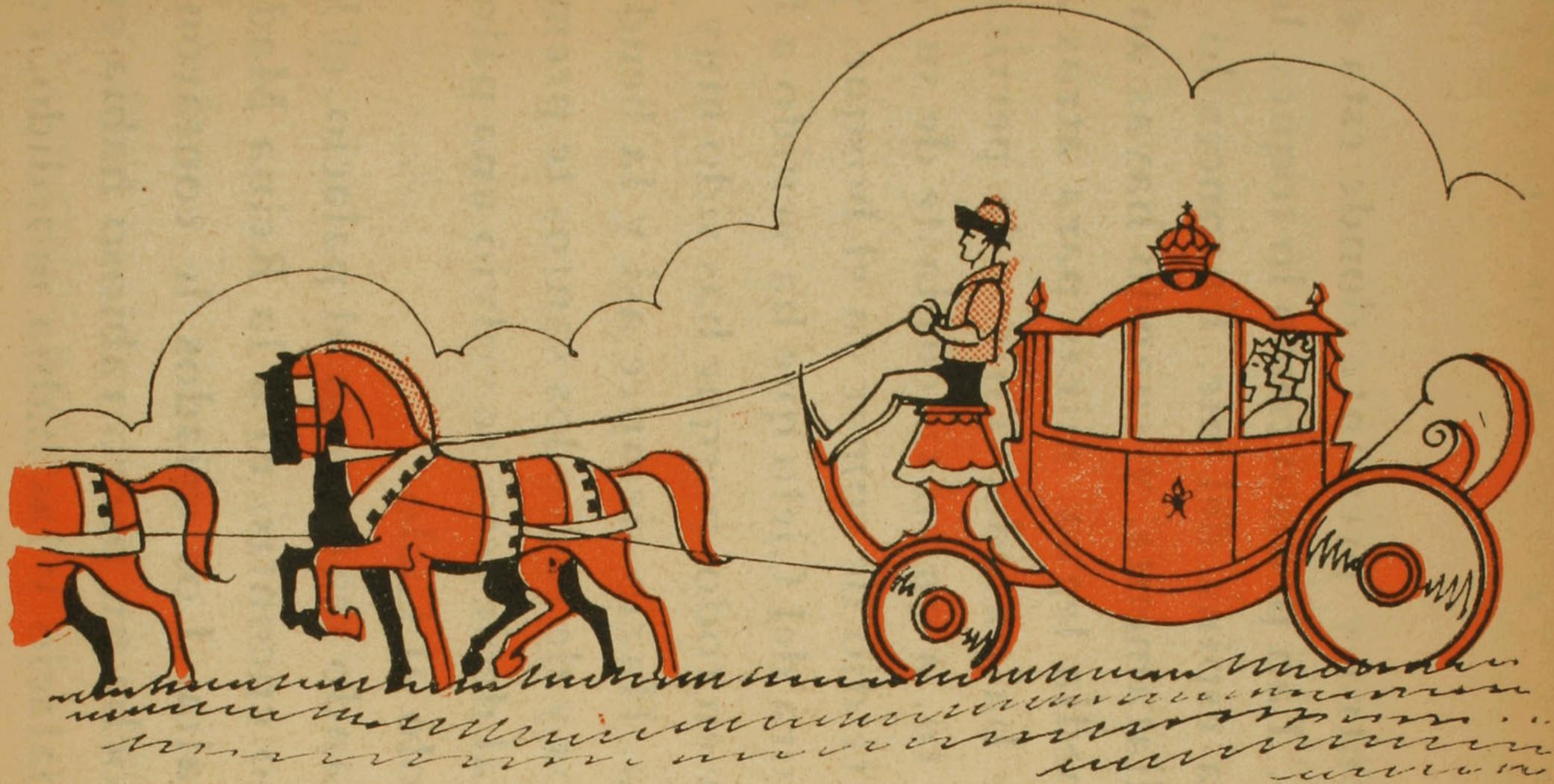
Y le dijo a Mariquita:

—Cuando llegues a tu palacio, vé con tu esposo en coche a la hacienda de tu pa-

dre. Entra y pregunta dónde está el enfermo. Tan pronto como lo toques, le saltará la espina del pie. Entonces lo sacas inmediatamente, y cuando hayas andado una media legua, miras para atrás a ver lo que ha pasado. Yo soy la perrita que tenías tú, a quien tú cuidaste de su sarna y que te dió de comer en el bosque, y soy la Señora del Cielo que ha venido a favorecerte en todo, porque has sido muy bondadosa. Hazlo siempre así y la bendición de Dios y de todos los santos te premiará.

Y al decir esto, se volvió una palomita y se voló al Cielo.

Cuando regresaron al palacio, el Príncipe no encontró ni a la Reina Madre ni a Amalia. Los criados le contaron que una noche un perro rabioso había entrado a palacio y las había mordido, comu-



Ve con tu esposo en un coche a la hacienda de tu padre...

nicándoles su furia. Y en medio de atroces sufrimientos habían muerto.

Ordenó el Príncipe que de todos modos le diesen cristiana sepultura a su madre. Al cadáver de Amalia lo arrojaron en el camino para que los pájaros de rapina se lo comiesen. Luego, en la mejor de sus carrozas, se dirigieron a la hacienda del padre de María. En cuanto llegaron, preguntó ésta por el enfermo. No hizo más que tocarlo, cuando saltó la espina.

Inmediatamente, llevaron al caballero al carruaje y salieron, y cuando habían andado cosa de media legua, miraron para atrás. Las casas ardían y en ellas la mala madrastra. Entonces el padre le pidió perdón a su hija y hubo también grandes fiestas para celebrar el óleo del niño y desde entonces todos vivieron fe-

lices y contentos en el palacio del Príncipe.

¡Y se acabó el cuento y se lo llevó el viento, y pasó por un zapatito roto, para que el Viernes me cuente otro!

TELARAÑA

En la filosa espadaña
dulcemente humedecida,
de hoja a hoja suspendida
he hallado una telaraña.

La suave lluvia ha cubierto
sus hilos de pedrería.
¡Ya tienen su joyería
los pájaros de mi huerto!

ALFREDO R. BUFANO.

\$ 5.000 EN PREMIOS

OBSEQUIARA A SUS LECTORCITOS

mamita

M. R.

el día 24 de Diciembre para que pasen unas
Felices Pascuas

“MAMITA”, en su afán de corresponder al interés que ha despertado en el público, ha ideado la organización de este concurso, cuyas bases generales anticipamos, a fin de proporcionar a cada uno de los niños una oportunidad de celebrar la Pascua con un valioso premio en dinero, en juguetes, o en objetos de utilidad práctica.

BASES DEL CONCURSO:

- 1.º—El concurso se efectuará por canje de cupones. Estos cupones serán numerados, y será necesaria la presentación de series completas para su canje por números para el sorteo.
- 2.º—Se obsequiarán diez números a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en los concursos semanales, 7 al 2.º y 5 al 3.º. Se obsequiarán 3 números a los que obtengan menciones honrosas.
- 3.º—Por cada suscripción anual, ordenada a partir del 1.º de agosto, se obsequiarán 20 números. Por las suscripciones semestrales, 5.

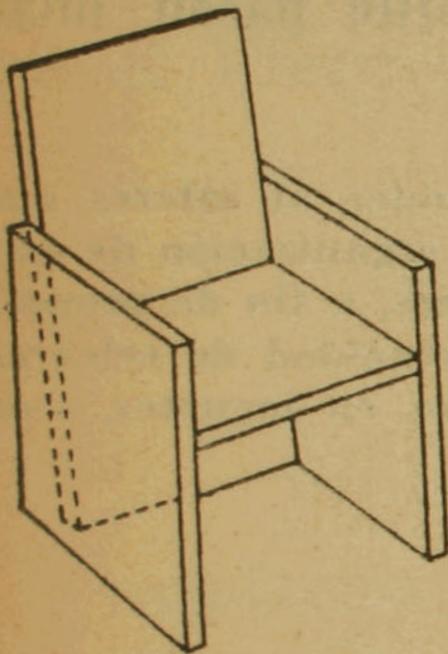
ADQUIERA EL PROXIMO NUMERO y
empiece inmediatamente a juntar la primera serie de cupones. En el próximo número daremos mayores detalles sobre los premios.

¡ E S T E M U Y A T E N T O !

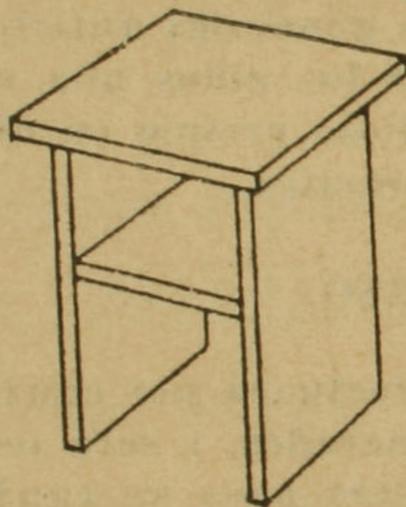
El Taller de los Lectores de

mamita
M. P.

Amoblado para la Casa de los Muñecos



1



1.—Sillón.

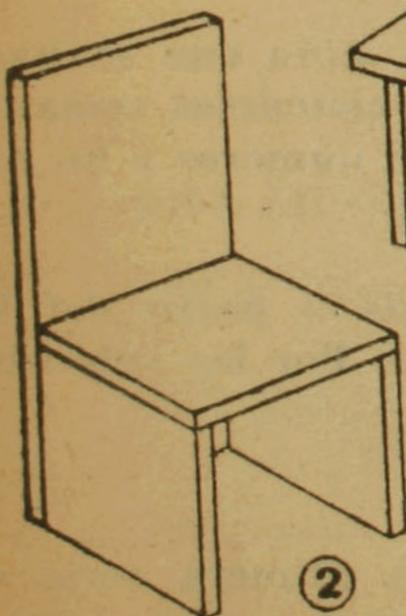
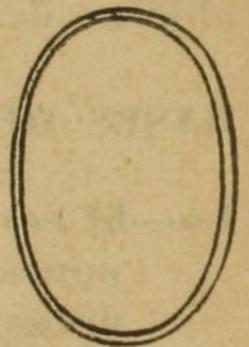
2.—Silla.

3.—Piso.

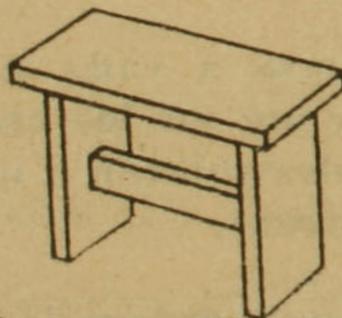
4.—Mesita.

8.—Cómoda y espejo.

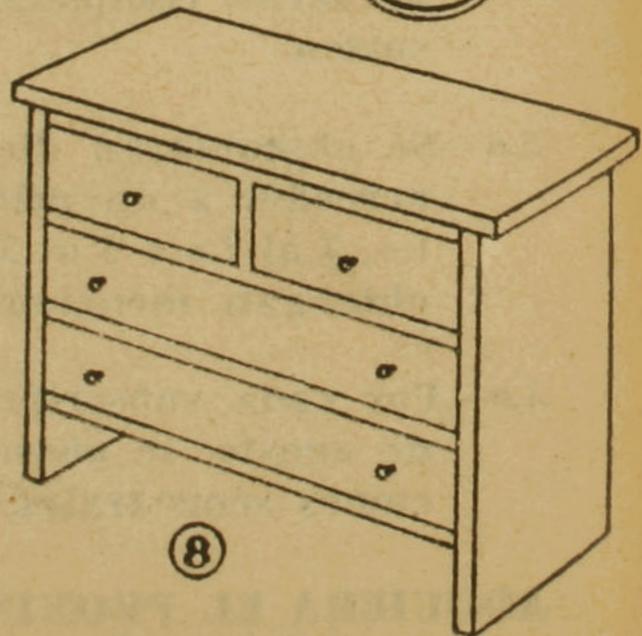
4



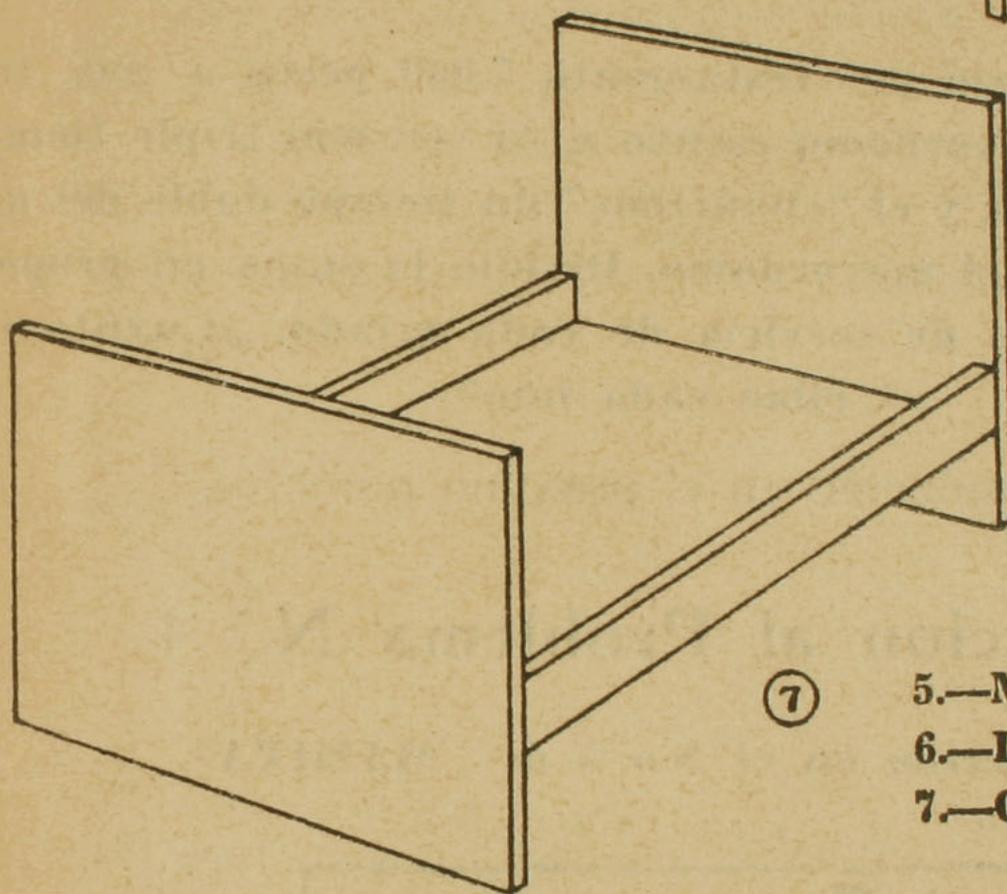
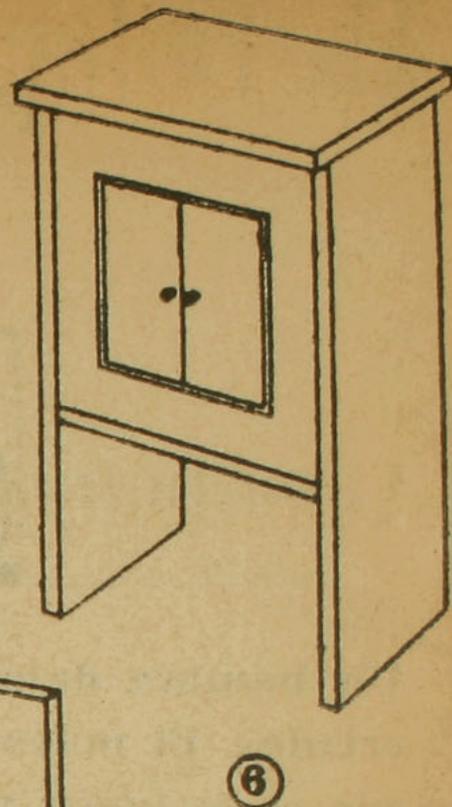
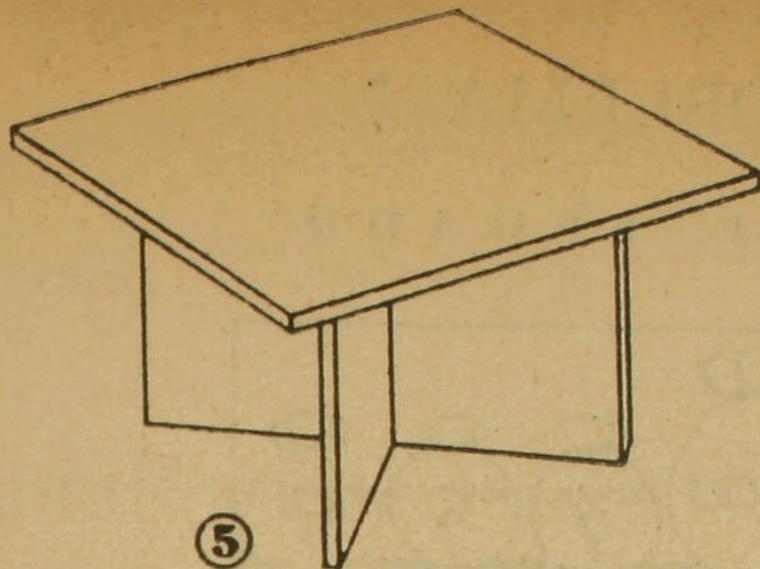
2



3



8



- 5.—Mesa de comedor.
6.—La radio.
7.—Catre.

Modo de construirlo: Pueden elegirse dos materiales: o tabla muy delgadita o cartón grueso y sólido. Si se elige madera, hay que tener a la mano clavitos muy pequeños o tachuelas para armar los muebles. Si se prefiere el cartón, bastan alfileres de acero para unir los pedazos.

Tomando como modelo el que damos, el niño puede dibujar otros más grandes en un papel blanco cuadriculado, siguiendo las líneas. Cuando esté bien hecho, recórtelo.

PROBLEMA N.º 5

EL LEGADO

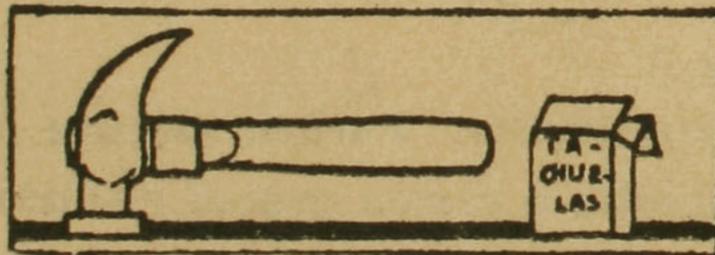


Un hombre dejó por testamento 7.000 pesos a sus tres criados. El mayordomo estuvo a su servicio triple tiempo que el cocinero, y el “chauffeur” un tiempo doble del que había servido el mayordomo. Dividió la suma en proporción al tiempo de servicio de cada criado. ¿Cuánto recibió cada uno?

(La solución en el próximo número).

Solución al Problema N.º 4

Aparecido en el N.º 5 de “MAMITA”.



LA TACHUELAS.—El martillo y las tachuelas cuestan, en total, 1 peso y 10 centavos. Si el martillo costara 1 peso más que la cajita de tachuelas, esta última costaría cinco centavos. En efecto, el costo del martillo — 1.05 pesos —, sería superior en un peso al precio de cinco centavos de la cajita de tachuelas.

CONCURSO DE DIBUJOS

Gánese una Colección de

mamita

M. R.

LA REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES

Regalamos una subscripción de un trimestre al chico que ilumine este dibujo con más hermosos colores.

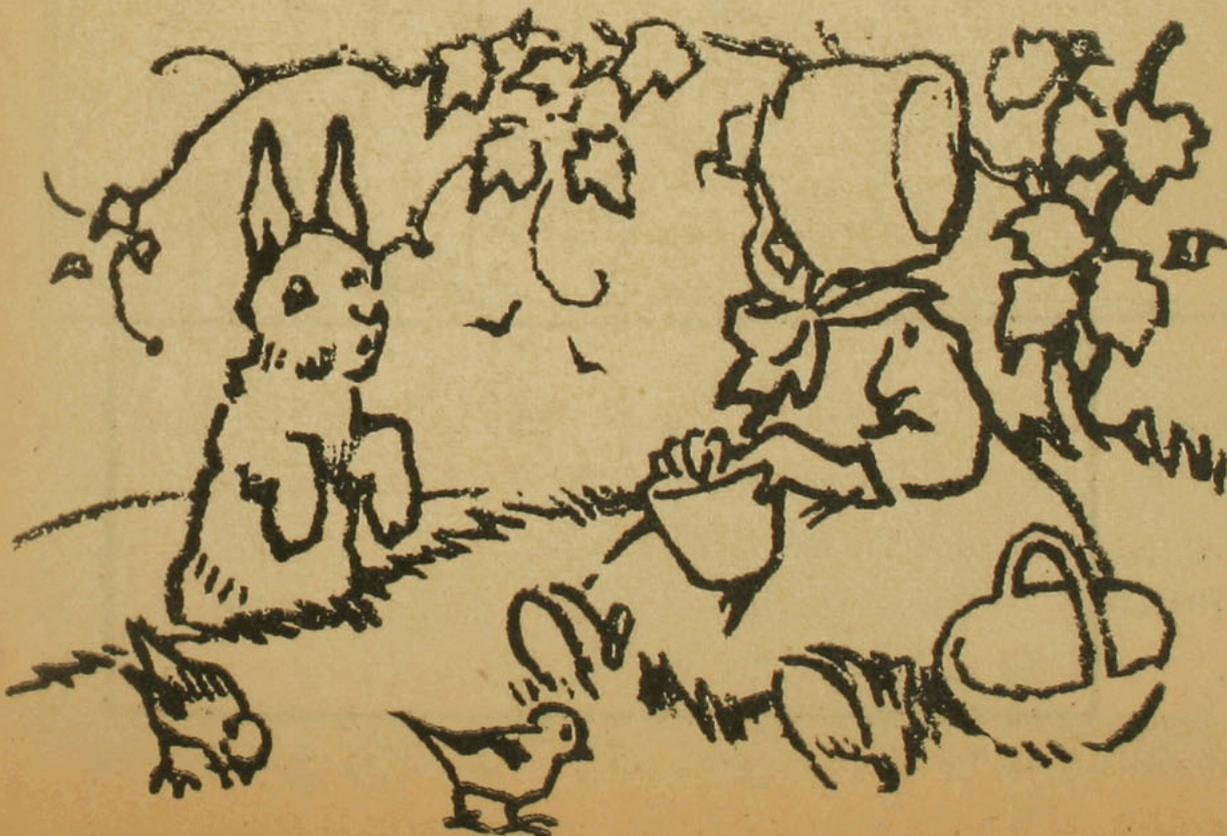
Envíe su dibujo iluminado a
CONCURSO DE DIBUJOS DE LA REVISTA DE CUENTOS
INFANTILES

Casilla 84-D. — Bellavista 069. — Santiago.

Córtese por las líneas de puntos.

Nombre del dibujante

Dirección





Fundación
de San-
tlago, 12
de febrero
de 1541.

**ALIMENTO
MEYER
ES EL MEJOR**

M. R. A base: Harina calcinada, cacao seleccionado desgrasado, fosfatos, azúcar, etc.